

# JUAN DE PRADOS

## O CHASCO DEL ARRIERO.

### PRIMERA PARTE.

**E**n Valladolid famosa,  
tan rica de ciudadanos,  
cuanto llena de edificios  
que fueron del mundo pasmo;  
allí vivía un arriero  
que se llamaba Juan Prados,  
de estos que ganan su vida  
traginando con sus machos.  
Tenía una propiedad  
cuando subía á caballo,  
se santiguaba, diciendo;  
libreme Dios de los diablos,  
de enemigos y ladrones,  
de rodeos y peñascos,  
de traiciones y maldades,  
de cuestras y de barrancos;

y con estas bendiciones  
caminaba confiado  
que no tendría desgracia,  
pesadumbre ni trabajo.  
La muger tuvo gran cuenta  
muchos días escuchando,  
le dijo: marido mio  
cuando vais a santiguaros  
¿por qué no pedis á Dios  
que os defienda de las manos  
de las mugeres, que somos  
mas astutas que los diablos?  
De la cruz el diablo huye,  
el enemigo del lazo.  
de la escopeta el ladron,  
y de cuestras rodeando,

Mas de las mugeres, cruces,  
 lazos, escopetas, dardos,  
 no bastan para librar  
 al hombre de sus engaños.  
 Juan Prados se disculpó  
 diciendo: no os dé cuidado,  
 Juana Gutierrez, aquesto,  
 que por muchos hombres valgo;  
 no me dan pena mugeres,  
 que bien conozco su trato;  
 yo sé que no habrá ninguna  
 que me toque en el zapato:  
 soy zahorí con las viejas  
 con las viudas lapidario,  
 con las doncellas Macías,  
 con las taimadas taimado;  
 hago recetas á muchas  
 fingiendo ser boticario;  
 sin ser médico las curo  
 haciendo de gracia emplastos;  
 no soy de estos arrieruelos  
 que llevan á real de á cuatro  
 la arroba hasta Madrid,  
 porque yo soy jubilado,  
 y así no me acuerdo de ellas  
 cuando mis jornadas hago:  
 porque todas me conocen,  
 y saben que soy Juan Prados,  
 Ausentóse, y la muger  
 dijo: por vida de entrambos  
 que me la habeis de pagar  
 antes que se acabe el año.  
 Llamó á una parienta suya,  
 y dióla cuenta del caso,  
 y ambas de conformidad  
 solemne burla trazaron.  
 Tuvieron para la noche,  
 porque volveria cansado,  
 aderezada una cena  
 como para un veinticuatro:  
 mucho pernil de tocino,  
 diferencia de adobados,

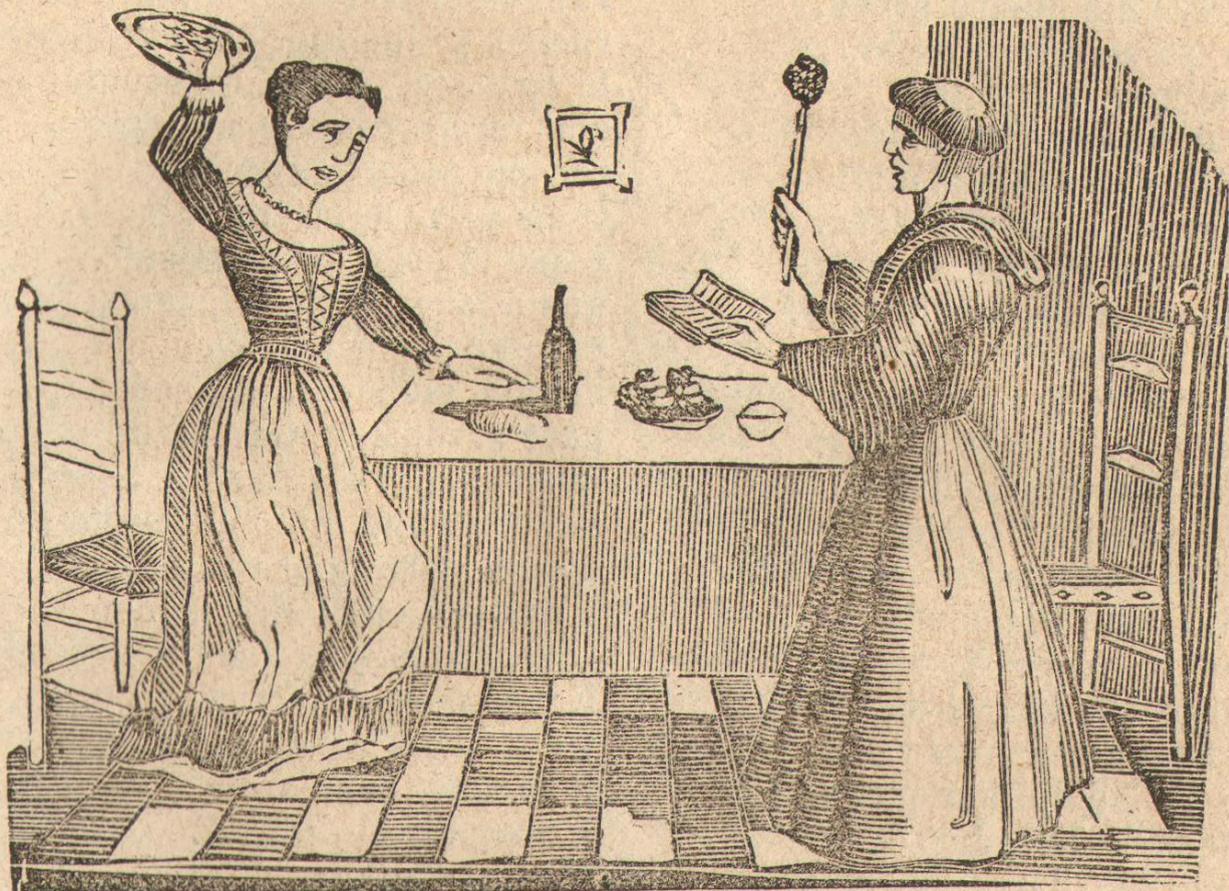
chorizos de Estremadura,  
 jamon de Rute, estremado,  
 aceitunas sevillanas,  
 nucees de Fuente del Arco,  
 una ensalada italiana,  
 salchichon napolitano,  
 mil diferencias de cosas  
 ajenas de lo ordinario,  
 todo muy apetitoso  
 para brindar y echar tragos.  
 Vino tinto de Zamora,  
 de Alarejos vino blanco,  
 haciendo mistura de ellos  
 para poder derribarlo.  
 Llegó la noche y con ella  
 Juan Prados bien fatigado  
 del camino, tan sediento  
 cuanto hambriento él y sus machos;  
 Juana Gutierrez salió  
 echóle al cuello los brazos,  
 díjole dos mil requiebros,  
 dióle de cenar temprano.  
 Sentóse luego á la mesa,  
 que estaba puesta en el patio;  
 y pidiendo de beber  
 no habia descuido en darlo.  
 Sentia fuerza en el vino,  
 y cuando pedia aguado,  
 en lugar de agua le echaban  
 vino blanco de tres años.  
 Comió poderosamente,  
 y obró tanto lo salado,  
 que un tudesco parecia  
 segun daba prisa al jarro.  
 Llegó el calor á su punto,  
 dióle el vino tal zarpazo  
 que con los ojos alegres  
 hacia tornasolados.  
 Miraba al cielo y decia:  
 ¿no veis qué de hombres armados  
 bajan? dad acá mis armas,  
 Juana Gutierrez; ¿qué aguardo?

hacia una mona alegre,  
 era donaire escucharlo;  
 veia de un candil diez luces,  
 de una teja diez tejados.  
 Levantóse de la mesa,  
 tomó una vara en las manos,  
 y se puso de manera  
 como esgrimador taimado.  
 Daba leccion á su sombra,  
 diciendo: tira ese tajo,  
 saca afuera el pie derecho,  
 entra de revés tirando:  
 estocada, uñas arriba,  
 revuelve, uñas abajo  
 cuchillada de mandoble,  
 mete el pie izquierdo de un salto:  
 entra con furia, revuelve,  
 buena, dale á tu contrario;  
 hiere el pecho descubierto:  
 asienta, y venga ese cuarto.  
 Cansado ya de esgrimir,  
 dió con su cuerpo un porrazo,  
 y con él vido mas luces  
 que el dia de todos Santos.  
 Acabado de caer,  
 las mugeres le raparon  
 las barbas y los bigotes,  
 y en la cabeza un pedazo.  
 Una corona le abrieron  
 como fraile de San Pablo,  
 y hecho tenian al punto  
 de la misma Orden un hábito.  
 Vistiéronlo, y parecia  
 un reverendo frailazo.  
 Y entre las dos le subieron  
 en el uno de sus machos.  
 Dieron con él estramuros,  
 junto el gran Lázaro el santo,  
 y dejándole sujeto  
 á las escarchas del campo,  
 las mugeres muy risueñas  
 volvieron y se acostaron;

y él triste, la fria noche  
 la sentia tanto cuanto.  
 Cerca de la madrugada,  
 con el fresco demasiado,  
 el vino perdió sus fuerzas,  
 como son grandes contrarios.  
 El buen fraile poco á poco  
 las barbas se iba tentando,  
 diciendo: ¡válgame Dios!  
 ¿qué es esto, no soy Juan Prados?  
 ¿cómo no tengo vigotes?  
 ¿quién las barbas me ha rapado?  
 ¿pues no soy arriero yo?  
 no lo soy, pues que me hallo  
 con estos hábitos puestos.  
 Dios ha hecho algun milagro,  
 y sin duda que me quiere  
 para convertir paganos;  
 pero si no sé latín,  
 ni leer en los breviarios,  
 ¿qué tengo de convertir?  
 Dios me ayudará, ¿qué aguardo?  
 Levantóse muy confuso  
 ya que el dia estaba claro,  
 y viendo que á mucha prisa  
 venia un fraile Descalzo;  
 llegóse al Descalzo, y dijo.  
 Deo gracias, padre; y turbado  
 le preguntó que queria;  
 dijo; saber dónde vamos.  
 Dijole el Descalzo entonces:  
 para Simancas me parto,  
 á decir misa mañana  
 por ser dia de San Marcos;  
 y me holgaria infinito,  
 si es predicador, que ambos  
 hiciéramos el oficio:  
 Juan Prados dijo: si, vamos.  
 Fuéronse ambos á Simancas,  
 y el cura regocijado,  
 al nuevo predicador  
 le recibe entre los brazos.

Diéronle una librería,  
 en que estudiase algun rato;  
 Juan Prados abrió los libros  
 y todos los fué hojeando,  
 dando al diablo las letras,  
 cura, fraile y convidados,  
 Cenó, y sin mirar mas libros,  
 se acostó con desenfado  
 en una cama curiosa,  
 hecha con grande regalo.  
 Durmió como un descosido,  
 vestido y puestos los hábitos,  
 que es ordinario en arrieros  
 acostarse con zapatos.  
 Despertóle la campana,  
 que daba grandes golpazos,  
 clamoreando el sermón;  
 dijo la misa el Delcalzo  
 pero tomando el arriero  
 un breviario en la mano,  
 dejando burlado al pueblo,  
 se salió de él paso á paso.  
 Acabado el Evangelio,  
 la gente estaba esperando,  
 y el buen padre los dejó  
 sin sermón y sin breviario.  
 Sintieronlo mucho todos,  
 y la burla celebraron:  
 Juan Prados, siendo ya noche,  
 en Valladolid se ha entrado.  
 Fuese derecho á su casa,  
 y poco á poco llamando,  
 se asomó Juana Gutierrez,  
 y dijo: ¿quién ha llamado?  
 ¿quién está ahí? Respondió:  
 abre, muger, que yo llamo  
 ¿Fraile en mi casa? Deo gracias:  
 váyase el padre vigardo,  
 que si llamo á mi marido  
 haré le dé muchos palos.

Muger, que Juan Prados soy,  
 abridme, que Soy Juan Prados,  
 Respondió Juana Gutierrez:  
 mire no le tire un canto,  
 que le rompa la capilla  
 juntamente con los cascós.  
 Dijo el marido: señora,  
 juro á Dios que no os engaño;  
 Juan Prados soy, y por señas  
 tengo un lunar en el brazo.  
 No pudo sufrir la risa,  
 viendo cuento tan gallardo:  
 y luego abrió la puerta,  
 y entró el padre Fray Fulano.  
 Todavía pensativo  
 se entró, sentóse y cenaron;  
 y por postre de la cena  
 el suceso le contaron;  
 diciéndole que mirase  
 si son las mugeres diablos,  
 para santiguarse de ellas  
 cuando subia á caballo,  
 y que huyese de sus mañas,  
 que no se alabase tanto,  
 que si quiere, una muger,  
 hará de un diablo, cuatro.  
 Santiguóse el arriero,  
 quedó confuso y turbado,  
 haciendo en ella mas cruces  
 que hay en el Monte santo.  
 Estúvose dentro de casa  
 mientras las barbas brotaron,  
 quince dias, en los cuales  
 sucedió un cuento galano,  
 que verá el lector curioso  
 en otro romance raro,  
 donde con ardid notable  
 se satisfizo el buen Prados  
 de la burla tan pesada  
 que su muger le ha ordenado.



## SEGUNDA PARTE,

en la que se declara del modo que Juan Prados se vengò de su muger, en despique del chasco que ella le habia dado.

**P**icado Juan Prados, luego, de aquel tan pesado chasco que su muger le dispuso, despucarse quiso honrado. Y fué que en San Pablo, hubo primero dia de mayo, un sermon maravilloso del apóstol Santiago. Predicóle un fraile docto con un desenfado extraño; mozo, buena voz, discreto; digno de ser celebrado, Juana Gutierrez se halló

en la fiesta, contemplando la voz del predicador, cuyos ecos la mataron. Enamoróse del padre, vino á su casa alabando á su marido tal gracia, boca, discrecion y garbo. Juan Prados lo entendió luego, y dijo: por Dios sagrado, que en los cuernos de la luna me quieren poner, mis hados. Sin duda que á mi muger le parecen bien los hábitos:

carnero me quiero hacer,  
mas yo seré toro brabo.  
La muger le repetía  
mil donaires, hasta tanto  
que le persuadió al marido  
traiga al padre convidado.  
Dijo Juan Prados: muger,  
yo tengo muchos cuidados,  
quédese para otro día,  
que quiero ir mañana al campo.  
Prevenid aquesta alforja;  
ella ordenó todo el hato  
muy solícita y aprisa,  
que el amor la iba apretando.  
Salió Juan Prados de casa,  
y apartó luego al criado,  
y díjole: tú has de hacer  
un hecho como un romano.  
En Valladolid me quedo,  
y te daré diez ducados  
si me guardas el secreto  
y cumplies como fiel criado.  
Tú me tienes de decir  
todos aquellos recados  
que mi muger te mandare;  
en el castillo te aguardo.  
El criado prometió  
hacerlo con gran recato:  
despidióse de él, y el mozo  
vino á casa, y en entrando  
le dijo Juana Gutierrez:  
amigo, corre volando,  
y dale aquestos pañuelos  
al predicador, Fulano:  
diráste luego en saliendo  
que yo le beso la mano,  
y que para cierto intento  
dentro de mi casa le aguardo.  
Salió el mozo con gran prisa,  
fuese derecho á su amo  
contándole de su ama  
el presente y el recado.

Tomóle el marido y dijo:  
vuelve y dila que en el claustro  
le hallaste, y que respondió  
que estaba confuso en algo  
por no poderla servir  
como merece su trato:  
y que el prior no consiente  
que á tales horas salgamos:  
pero que mañana voy,  
aunque me siento cansado,  
pues predico en Gavaldon,  
que es junto á Lázaro el Santo,  
que lleve con que almorcemos,  
porque estaremos cansados,  
y que sea entre dos luces:  
vete, y haz como hombre honrado.  
Era el mozo socarrón,  
y dando parte del caso  
á su ama, comenzó  
á prevenir el canasto.  
Mató una gorda gallina,  
hizo rellenar un ganso,  
compúsose aquella noche,  
vistióse toda de raso.  
Juan Prados se aderezó,  
púsose su hábito blanco,  
y llevóse en una manga  
un garrote de tres palmos.  
Fué el primero á la estacada,  
aguardando á su contrario,  
la cual llegó muy alegre,  
al cabo de poco rato.  
Viendo al fraile, se llegó  
haciéndole mil halagos,  
á quien el marido astuto  
recibió con muchos palos.  
Meneóla las costillas,  
diciendo, con ecos raros:  
cumplid con vuestro marido,  
no busqueis tres pies al gato,  
noramala, para vos,  
no os den los frailes cuidados:

otra vez no os acontezca  
 sacar frailes coronados.  
 No seais mala muger,  
 acudir á vuestro trabajo;  
 ella entendió que era el fraile,  
 y estaba toda temblando.  
 Molióla todos los huesos,  
 porque la daba á dos manos,  
 á cuyos golpes huyó  
 Juana Gutierrez sin manto.  
 Fuése á casa, y acostóse  
 hizo llamar cirujanos,  
 y á otro dia su marido  
 vino muy disimulado:  
 preguntó por su muger:  
 dióla á ella un sobresalto,  
 y al fin el marido alegre  
 la hizo curar despacio.  
 Sintiéndose algo mejor,  
 dijo el marido: apropiado  
 es, señora, a questo tiempo,  
 si á este fraile convidamos;  
 mañana se ha de traer  
 si os agrada. Mi Juan Prados,  
 por Dios te pido no venga,  
 que me moriré de espanto,  
 no le traigais á mi casa,  
 dejadlo, amigo, dejadlo,  
 que ya me enfada su nombre,  
 y me ha enfadado su trato.  
 El marido porfiaba,  
 y con ella pudo tanto,  
 que dijo que le tragese  
 con cuatrocientos mil diablos.  
 Fué Juan Prados al convento,  
 y al predicador llamando,  
 á comer le convidó,  
 y que fuese allá temprano:  
 que se llevase un hisopo,  
 y una reliquia de un santo;  
 porque estaba endemoniada  
 su muger, desde el verano,

Pidió licencia al prior:  
 dióselo, tomó su encargo,  
 y fuése á comer con ellos;  
 y luego que hubo llegado  
 se halló con la mesa puesta,  
 y aderezados los platos.  
 Juana Gutierrez sentada  
 y sentida de los palos.  
 Sentáronse por su órden  
 todos tres, y comenzaron  
 á comer con regocijo,  
 Juana Gutierrez temblando,  
 de cuando en cuando penia  
 un ceño de cinco palmos  
 hácia el fraile, á quien mostraba  
 una cara de ahorcado,  
 tenia baja la cabeza,  
 y entre sí estaba hablando,  
 jurándosela con gestos,  
 con ojos, dedos y manos.  
 Acaso faltó en la mesa  
 maliciosamente, un vaso;  
 daba Juan Prados mil voces,  
 no respondiendo el criado,  
 colérico levantóse  
 á buscarle; y entre tanto,  
 Juana Gutierrez se alzó  
 puestos los brazos en alto.  
 Levantóse de puntillas  
 hacia el triste convidado.  
 diciéndole; ¡cómo, infame,  
 traidor, arrogante, falso;  
 de las mugeres honradas  
 hacen burla los villanos!  
 ¿Esto mereció mi amor  
 por descubrirme á un bellaco?  
 vive Dios que he de molerle;  
 estaba el fraile temblando,  
 y la muger arrojóle  
 hácia la cabeza un plato.  
 El padre sacó el hisopo,  
 y al demonio conjurando,

hisopeaba á la triste,  
 rezando en el breviario,  
 y el *Asperges* repitiendo,  
 decia el *Te Deum laudamus*:  
 lastimábase de verla,  
 y ella arrojáballe platos:  
 santiguábase mil veces,  
 las letanías rezando,  
 decia: Jesus, señora,  
 confesad vuestros pecados.  
 Y vióse tan afligido  
 el fraile, de ollas y bancos,  
 que bajó por la escalera  
 con mayor furia que un rayo.  
 Siguióle Juana Gutierrez;  
 el fraile atemorizado  
 se fue para su convento  
 con el paso apresurado.  
 Juan Prados astutamente  
 lo estaba todo mirando;  
 lleno de risa salió  
 menudeando los pasos;  
 hizo piernas en la sala,  
 caló el sombrero muy bajo,  
 y con una risa falsa,  
 remoquetés apuntando,  
 le dijo: ¿qué hay, mi señora?

¿tan malo era el convidado?  
 ¿tratóla mal algun dia  
 en el Espíritu Santo?  
 ¿dióla algunos palos? diga;  
 advirte que quien dió palos  
 fui yo, no se escandalice,  
 que pienso darla otros tantos:  
 que muger que se enamora  
 teniendo marido honrado,  
 pena semejante es poca,  
 y aun merece un cadalso.  
 Tambien burlar al marido  
 con hábito de San Pablo,  
 aunque sea un pobre arriero,  
 no os ha sido bien contado.  
 Dióla por aquella burla  
 con un rodrigon tostado,  
 media docena de muertos  
 que la avivaron los lados.  
 La muger con la razon,  
 ambas rodillas juntando  
 en el suelo, le pidió  
 perdon de enojos pasados,  
 Juan Prados le perdonó;  
 Juana Gutierrez callando  
 vivió con él muchos dias,  
 y fueron buenos casados.

**FIN.**

CARMONA:—1850.

Imprenta y Librería de D. J. M. Moreno, calle de las Descalzas n. 1.